

Selci, Damián. *La organización permanente*. Buenos Aires, Cuarenta Ríos, 2020, 259 páginas.

Selci, Damián. *La organización permanente*. Buenos Aires, Cuarenta Ríos, 2020, 259 pages.

Agustín Rodríguez Uria*

UBA

Argentina

Fecha de recepción: 04-05-2021

Fecha de aceptación: 26-09-2021

Hace tan solo dos años Damián Selci irrumpió en el campo intelectual argentino con su vibrante *Teoría de la Militancia: organización y poder popular* (2018). El contexto de producción de aquel trabajo había sido la derrota del kirchnerismo en el año 2015 en Argentina y el avance generalizado de una derecha restauracionista sobre los populismos progresistas en toda América Latina. Este repliegue histórico-político propició una profunda revisión crítica de los cimientos teóricos que habían explicado y orientado aquellas experiencias, es decir, de la “teoría populista” laclauseana. El despliegue de esta crítica deconstructiva conduciría a Selci hacia la fundación de un nuevo campo discursivo, el cual pretende ir mucho más lejos que la teoría populista: la “teoría de la militancia”. *La organización permanente* (2020) debe concebirse, sin dudas, como un notable proceso de maduración de este movimiento teórico. En su nuevo trabajo, Selci expande su crítica hacia el conjunto de la filosofía política contemporánea, y termina de dar forma a las principales categorías de su refinada propuesta teórico-política.

El trabajo inicia con un capítulo introductorio que nos presenta la denominada “crisis teórica del presente”. El diagnóstico del autor es que las premisas posmarxistas, posfundacionales y posmetafísicas del “ethos posestructuralista” ya se han convertido en el sentido común teórico-político de nuestra época. Por lo cual, la crisis del presente no se trata ya de la crisis del marxismo (como en los años 80), sino de “la crisis del *posmarxismo*, del *posestructuralismo de izquierda* y, por consiguiente, de la política popular o democrática en

* Correo electrónico: agustinrodriguez@gmail.com

general” (Selci, 2020: 13). Sintéticamente, Selci sostiene que la destitución teórica del paradigma marxista y el prolongado balance crítico de las revoluciones del siglo XX han dejado a la teoría política emancipatoria naufragando en la impotencia a tal punto que, encadenada a un conjunto de precauciones deconstructivas, resulta incapaz de definir un sentido claro para la palabra “emancipación” (Selci, 2020: 14). Por lo cual, caído el ideal comunista, la teoría carece de “un horizonte utópico movilizante que nos invite a la praxis, mientras el capitalismo anárquico financiero sigue devorándose a sí mismo a un ritmo pavoroso” (Selci, 2020: 23). En este sentido, la “teoría de la militancia” tiene un aura maximalista: pretende comenzar a diagramar una respuesta a esta “carencia programática” universal que recorrería todos los manuales de la filosofía política contemporánea (ya sea en la forma de un “reformismo sin proyecto” en el caso de los populistas laclauseanos, o en la forma de un autonomismo estéril en la restante teoría crítica europea: Badiou, Rancière, Zizek, Negri, etc.). Con este objetivo, la propuesta de Selci se estructura en tres secciones: “La Insustancia”, “Antifilosofía política” y “La comunidad organizada”, cada una de ellas subdividida en dos capítulos y varios apartados.

En la primera sección, Selci afirma que el gran descubrimiento del psicoanálisis lacaniano habría sido identificar que “entre un significante (S1) y otro significante (S2) nunca hay ni un paso racional ni una deducción lógica, sino un salto contingente” (Selci, 2020: 39). Es decir, la fórmula lacaniana que afirma la imposibilidad de la relación sexual presupone un “anti sustancialismo” radical, en el cual nada obliga, pero tampoco nada impide un determinado paso entre un S1 y un S2. En este sentido, Selci sostiene que lo que Lacan ha fundado es el terreno de la Insustancia, “una región que la militancia y el psicoanálisis sencillamente *com-parten*” (Selci, 2020: 43). En términos políticos esto significa -como leyó perfectamente Laclau- que toda realidad está articulada a partir de “pasos” significantes completamente contingentes. Sin embargo, el punto clave para el autor es distinguir entre las “condiciones de la Insustancia” y el *ethos* posestructuralista. Más concretamente, dentro de las condiciones de la Insustancia, la “articulación hegemónica” del populismo no sería la única política posible, sino también la “organización significativa” de la militancia. En los términos de Selci, la hegemonía laclauseana implica un tipo de articulación entre significantes que intenta siempre sedimentarse y naturalizar su existencia en la realidad: el Pueblo, una vez construido, se ve a sí mismo como sustancial, por lo que en el fondo la hegemonía populista es un factor de despolitización y una enorme “fábrica de Inocencia” (Selci, 2020: 50). Por el

contrario, la militancia “organiza” un tipo de vínculo entre significantes que nunca aspira a borrar las huellas de su fundación contingente (por ejemplo, los “derechos políticos” conquistados nunca deben volverse un simple “dato” de la realidad). Así, hay una “situación política” sólo cuando la militancia se hace cargo de impugnar los vínculos hegemónicos existentes y de apostar a la “organización” de un nuevo paso entre significantes.

Por otra parte, al darse dentro del terreno de la Insustancia, la apuesta por organizar un “nuevo paso” sólo puede adquirir la forma ética de *la responsabilidad absoluta*. Es decir, organizar un paso significativo supone *responsabilidad* porque nunca podremos alegar que estamos deduciendo lógicamente, inocentemente, la naturaleza de S2 a partir de S1; y el carácter de esta apuesta es *absoluto* porque carecemos de posibilidad de invocar un criterio superior que estaría por encima de la decisión del paso para atenuar la responsabilidad (Selci, 2020: 48). De este modo, Selci logra superar el divorcio entre la vertiente ética del posestructuralismo (Derrida y Levinas) y sus postulados político-estratégicos (Laclau, Mouffe). A diferencia de la ética levinasiana que se limita a la *responsabilidad infinita* y por lo tanto prescinde de toda relación con el Otro (se limita a su recibimiento hospitalario), para Selci la *responsabilidad* es *absoluta* porque implica asumir “responsabilidad por la responsabilidad del Otro”. Este imperativo indica que debemos hacernos cargo de que el Otro pueda devenir también un sujeto político responsable capaz de “*poder-responder*” por sí mismo. Así, “la Ética es que yo milito para que el Otro milite, y eso es la política militante. El Otro no es sólo respetado y reverenciado, sino en virtud de este mismo respeto convocado a la militancia, es decir, es convocado a hacer política y asumir también la responsabilidad absoluta” (Selci, 2020: 95-96).

En la segunda sección del libro, Selci delinea los principales aspectos de la teoría de la militancia como “Antifilosofía política”, en la medida que se trata de una teoría que se “recorta” frente al “pensamiento político posfundacional” (Marchart, 2009), frente a la teoría populista (ahora añadiendo sus aspectos mouffeanos) y finalmente frente a las diversas formas de concebir el Estado en las corrientes clásicas de la filosofía política moderna. De este modo, en primera instancia, el autor señala que la conocida distinción posfundacional entre “lo político” (de orden ontológico) y “la política” (de orden óntico) representa el “límite teórico más severo de la época” (Selci, 2020: 128). En este esquema, “lo político” (de orden inaccesible) funciona como un límite a las prácticas políticas realmente existentes, es decir,

establece lo que ninguna política puede hacer: alegar un fundamento metafísico. Así, el pensamiento posfundacional no aporta un “qué hacer (con el antagonismo)”, sino simplemente un “*qué no hacer*”, deviniendo un neokantismo que fija los límites de toda política posible (Selci, 2020: 126). De este modo, el posfundacionalismo expresa de modo paradigmático el “déficit programático” de la teoría política contemporánea. En su lógica, “la política” queda condenada a un desmoralizante reformismo infinito: sólo podríamos limitarnos a transformar “la desfundamentación, variarla, desplazarla, metaforizarla, domesticarla. Pero no se podría ir nunca al fondo, porque no hay fondo” (Selci, 2020: 128). La militancia viene a ofrecer una respuesta a este déficit: si el fundamento externo se ha retirado (la Naturaleza, la Historia) lo que adviene no puede ser un reformismo nihilista, sino la posibilidad de habitar el fundamento, puesto que en la Insustancia *nada lo impide*. Se trata entonces de ubicarnos en el “lugar imposible” de lo político, y si lo hacemos, ello tiene un nombre: responsabilidad absoluta (Selci, 2020: 129).

En segunda instancia, Selci analiza pormenorizadamente diversos aspectos de la obra de C. Mouffe y, de este modo, expande su crítica respecto al modelo hegemónico. En su mirada, la matriz schmittiana de Mouffe reforzaría el principal obstáculo de la hegemonía, es decir, su pretensión de “domesticar” el antagonismo (o sea, la ausencia de todo paso racional o necesario entre significantes) reduciéndolo a una forma conflictiva simple y necesaria (amigo vs enemigo, nosotros vs ellos, el pueblo vs la oligarquía, etc.). Por el contrario, la militancia no pretende reducir el antagonismo a un choque entre formaciones hegemónicas con apariencia de sustancialidad, sino que se declara “hija del antagonismo” (Selci, 2020: 140). Su intención es “interiorizar y organizar” el antagonismo, a saber: construir pases entre un S1 y S2 que nunca se sedimenten, es decir, que nunca dejen de presentarse como un hecho político (Selci, 2020: 141). Este planteo no implica que la militancia carezca de enemigos, sino que su enemigo está, literalmente, *en todas partes*. En otros términos, la militancia no lucha simplemente contra un enemigo final que se pretende sustancial, sino que, por el contrario, se enfrenta a la Inocencia como atributo político de la sustancia y, por lo tanto, su adversario es tanto el “complejo hegemonía-enemistad” como toda forma de despolitización de la sociedad que obstaculice la asunción de la *responsabilidad absoluta*.

Sobre este punto nos interesa señalar que Selci recupera y expande sensiblemente los señalamientos críticos que ya había realizado al modelo hegemónico en *Teoría de la militancia*

(2018)¹. En continuidad con aquel planteo, la perspectiva militante vuelve a resultar más interesada en discutir con las “sustancias ficcionales” que produce la teoría hegemónica laclauseana-mouffeana, que con las “sustancias” producidas por el Poder neoliberal (por ejemplo, la idea misma de *individuo* que, obviamente, es infinitamente más dominante que cualquiera de las “ficciones de sustancialidad” producidas instrumentalmente por el campo popular para dar disputas políticas). Al fin y al cabo, en todo momento la perspectiva militante plantea una discusión sobre la “estrategia” emancipatoria y no sobre caracterizaciones ni descripciones del Poder neoliberal-capitalista. Sin embargo, una mirada crítica podría sostener que la constante incitación a “permanecer en la Insustancia” propia de la perspectiva militante (un argumento particularmente presente en *La organización permanente*) comienza a delimitar una estrategia que en última instancia resulta *sustractiva*, en la medida que propone rehuir a todo proceso de identificación simbólica (popular o neoliberal): ninguna “naturalización” ideológica está permitida, puesto que esta sería inmediatamente denunciada como despolitizante y sustancial. Desde nuestra lectura, este gesto está presente transversalmente en la propuesta teórica de Selci, se evidencia en la profundización de su distancia respecto al modelo hegemónico y puede resumirse en las siguientes fórmulas contrapuestas que, a nuestro juicio, organizan el texto: “permanecer en la Insustancia = politización = responsabilidad absoluta” frente a “sustancia (individualismo capitalista) o ficción de sustancia con fines instrumentales (complejo hegemonía-enemistad) = despolitización = Inocencia”. Retomaremos algunos interrogantes que emergen de esta posible interpretación crítica de la teoría militante hacia el final texto.

En tercera instancia, Selci realiza una lectura militante de múltiples filósofos políticos modernos. Con notable solvencia, el autor atraviesa la obra de Schmitt, Hobbes, Hegel, Lenin y Badiou, para finalmente abordar una definición militante del Estado. Desde esta perspectiva,

¹ En su primer libro, Selci repone extensamente las discusiones desplegadas entre Laclau y Žižek en torno al modelo hegemónico-populista. En efecto, el filósofo esloveno es quien critica duramente la “sustancialización del Pueblo” y la “externalización del antagonismo” que el modelo laclauseano implicaría (Žižek, 2015). Estos argumentos son recuperados por Selci y constituyen verdaderos pilares sobre los cuales se funda la perspectiva militante. Sin embargo, en su primera obra, de fuerte acento hegeliano, Selci resulta sumamente cuidadoso en su posición respecto a la obra de Laclau. De hecho, sostiene que el modelo hegemónico habría sido el principal avance teórico de nuestro tiempo y por ello, la militancia no apuntaría a “criticarlo” sino más bien, a radicalizarlo dialécticamente (Selci, 2018: 54). Sin embargo, en “La organización permanente” se vislumbra una distancia teórico-política cada vez mayor respecto a Laclau y ya no resultan claras las razones por las cuales un primer paso por el modelo hegemónico continúe siendo algo estratégicamente reivindicable.

el Estado se define como “el monopolio de la responsabilidad” y el garante de la Inocencia de la sociedad, puesto que “dicta la ley de todos los pasos significantes y funciona como garante de ellos” (Selci, 2020: 179). Además, por esencia, el Estado “concibe la irrelación como un conflicto entre sustancias y se propone como un sobrevuelo ciego al conflicto, como el oferente desinteresado o universal de la concordia” (Selci, 2020: 181). En este sentido, la militancia puede afirmar que “el Estado es la responsabilidad en pañales, la infancia de la política” (Selci, 2020: 181), puesto que *desresponsabiliza* a la sociedad y es un productor masivo de subjetividades meramente demandantes (es decir, de actores sociales que exigen al Estado la resolución de sus problemas). Por supuesto, la teoría militante no plantea una banal impugnación autonomista del Estado, sino una utilización táctica del mismo: su apuesta siempre es ocuparlo y poner sus recursos al servicio de la *organización de la responsabilidad absoluta*. En suma, se trata de utilizar al Estado como impulsor de la politicidad de la población: una “renta universal militante” sería, por ejemplo, una de las políticas públicas más revolucionarias de la época.

En el tercer apartado del libro, Selci termina de configurar los principales lineamientos estratégicos de la militancia, es decir, de “la comunidad organizada”. En un gesto lacaniano inevitable, el conjunto de la obra gana claridad en el transcurso de sus últimas páginas y los desarrollos previos adquieren gran parte de su sentido de modo retroactivo. En primer término, Selci nos recuerda que Gramsci, en su célebre lectura de Maquiavelo, sostuvo que el Príncipe moderno era el Partido. Eliminado el fundacionalismo de clase ¿Quién es el agente o la voluntad encargada de llevar a cabo la política en el tiempo de la Insustancia? La respuesta es obvia: el príncipe contemporáneo es la militancia política. Ella es el único sujeto político compatible con la Insustancia porque -parafraseando a Rimbaud- “la militancia es otra”. La teoría militante permite responder “quién” hace la política, sólo que ya no responde con una identidad sustancial sino “con una no-identidad o con una no-individualidad” (Selci, 2020: 192). La militancia nunca es idéntica a sí misma, nace alineada, siempre “es otra” porque su función nunca es *representar* a un sujeto social preexistente sino *presentar* al Otro (sin convocatoria al Otro a la responsabilidad absoluta, es decir, sin convocar al Otro como militante, tampoco hubo un primer militante) (Selci, 2020: 192). En esta clave la militancia (re)interpreta las tesis peronistas sobre la conducción política. Conducir es establecer un paso entre significantes a partir de la *persuasión*: “alguien me conduce políticamente cuando yo

hago lo que él quiere porque yo quiero”, es decir, cuando nuestras voluntades se vuelven indistinguibles porque son “para cada no-uno la del otro” (Selci, 2020: 208). De este modo, en principio resulta posible afirmar que la *conducción* política es prácticamente consustancial a la *organización*, puesto que entre militantes la voluntad de uno es la voluntad del otro, lo cual permite que el paso significativo tome siempre la forma más rápida y segura para su realización (Selci, 2020: 208).

Sin embargo, cabe realizar ciertos señalamientos en este punto. Con la introducción del concepto de *conducción* emerge cierta ambivalencia en torno al significado preciso del término “*organización*”. En la primera parte del texto, como ya hemos señalado, la *organización* es un concepto utilizado para distanciarse de la “*articulación*” laclauseana y refiere a un proceso de vinculación significativa que nunca pretende naturalizarse, es decir, que nunca renuncia a su politicidad. Posteriormente, a partir de la introducción de las fórmulas peronistas, la “*organización*” parece referir a un proceso de unificación de voluntades al interior de una estructura orgánica, lo cual permitirá una “*simplificación*” de los pasos significantes (Selci, 2020: 208). En el primer caso, la *organización* supone un proceso de politización de la sociedad (la expansión de la responsabilidad absoluta), en el segundo la *organización* pareciera ser una “*etapa consolidada de la conducción*” en la cual su función ya no es tanto – o solamente- politizar a la sociedad sino dotar de estabilidad y velocidad a la acción política colectiva. Veamos que Selci sostiene: “*Accedemos a la organización cuando la conducción ya funciona en su plenitud. La organización es la distancia más corta y segura entre S1 y S2*” (Selci, 2020: 208). Si bien no son dimensiones completamente contrapuestas, construir y sostener pasos significantes que mantengan su huella de fundación contingente, y unificar voluntades para implementar de modo “*simplificado*” y eficiente esos pasos, no son procesos homólogos. Lo segundo puede ocurrir sin que ocurra lo primero, situación que – en cierta medida- Selci admite cuando sostiene que puede haber *conducción* con fines hegemónicos y no militantes (aquí se presenta otra ambivalencia teórica del capítulo: primero la *organización* y la *conducción* parecen ser consustanciales, e inmediatamente después se admite que puede haber una “*conducción no orgánica*”, es decir, hegemónica). Si bien estas sutilezas conceptuales vinculadas a la lectura militante de las fórmulas peronistas no afectan el corazón del andamiaje teórico propuesto por Selci, el concepto de *organización* sí tiene una

importancia central en el texto, por lo que resultaría oportuno un esclarecimiento de estas ambivalencias.

Finalmente, Selci continúa interpretando los preceptos peronistas en clave militante y logra así presentar su propuesta definitiva frente a la crisis teórica del presente: la utopía de una “comunidad organizada”. Por supuesto, desde una lectura militante esta vieja hipótesis peronista no debe ser entendida como una simple propuesta de sociedad organizada a través de la representación corporativa de los diferentes grupos sociales, sino precisamente como la *incorporación* de todos más allá de su origen corporativo o identidad sustancial. Es decir, para la teoría militante, la “comunidad organizada” es equivalente a “una gigantesca organización política, tan grande como un país” (Selci, 2020: 231). O lo que es igual, la “comunidad organizada” es idéntica a una “comunidad militante”, en la cual cada uno es siempre no-uno y asume la responsabilidad absoluta por cada impasse antagónico.

Así, la militancia es capaz de presentar una utopía compatible con las condiciones de la Insustancia posestructuralista bajo la sinonimia “vida no individual = militancia = organización = comunidad = comunismo”, dentro de la cual se produce una fascinante confluencia entre Perón, Lenin y Badiou. A saber, la comunidad organizada entendida como organización política coincide con la utopía comunista tal como la pensó Lenin, es decir, no como una utopía positivista (“el paso de la gestión de los hombres a la gestión de las cosas” que implicaría la desaparición de la política) sino como una sociedad absolutamente política en donde todos los individuos devengan no-individuos intervinientes en la dirección de los asuntos comunes. En este mismo marco, cobra una brillantez deslumbrante la famosa sentencia de Perón “sólo la organización vence al tiempo”: la organización vence al tiempo “porque el esfuerzo militante logra sostener un paso significativo y evitar que el tiempo, la finitud se lo devore” (Selci, 2020: 245). En este sentido, la organización –al igual que la experiencia amorosa- es “eterna mientras dura”, puesto que cada vez que logra la duración de un paso significativo evita la muerte y rebasa la finitud.

De este modo, Selci nos propone un príncipe (la militancia), una estrategia (la organización permanente) y un programa (la comunidad o comunismo organizado) que en conjunto fundan una utopía a la altura del mundo contemporáneo. La militancia puede ponerse objetivos insustanciales y reformular las condiciones de la *praxis* política: su apuesta es la permanente organización militante, es decir, “la continua expansión de la

responsabilidad absoluta". El objetivo de la comunidad organizada no es simplemente redistribuir la riqueza material de una sociedad: la mayoría de edad de la humanidad no es un mundo con todos los problemas resueltos (¿qué puede significar eso?) sino la asunción total de la responsabilidad absoluta y de una vida no individual, ante los problemas del mundo. (Selci, 2020: 251). En definitiva, la utopía emancipatoria del siglo XXI es que la humanidad entera devenga militante.

Antes de finalizar podemos señalar algunas paradojas del proyecto utópico presentado por Selci, recuperando cierta matriz de lectura que ya hemos insinuado a lo largo de nuestro recorrido. La teoría de la militancia se trata de una propuesta que se declara explícitamente preocupada por la *praxis* y por su intención – a diferencia de la restante filosofía política contemporánea- de afirmar un “programa político” que sea utópico, pero factible de ser concretado (es decir, la militancia busca ofrecer un programa radical y de pretensión universal pero liberado de toda posible acusación de constituirse bajo fundamentos “metafísicos” y/o de plantear un contenido meramente especulativo y empíricamente irrealizable). Sin embargo, en ciertos aspectos conceptuales la utopía presentada quizás no termine de desprenderse de los imaginarios teóricos *improducibles* que tanto se empeña en criticar. En otros términos, la “comunidad militante” podría asemejarse bastante a una “comunidad imposible”. Cabe preguntarse: ¿Cómo podría desarrollarse una sociedad que reconoce permanentemente el antagonismo como irrelación? ¿Es posible organizar simbólicamente una sociedad sin ningún tipo de “naturalización” aunque sea de “grado mínimo”, es decir, sin significantes que asuman la función de representar (aunque sea de modo siempre fallido y en última instancia, ficticio) la imposibilidad de lo social, tal como formula Laclau? ¿Acaso la “utopía militante” no se aproxima *en última instancia* a una suerte de sociedad sin opacidad, es decir, a una “sociedad no ideológica” en un sentido althusseriano, en la cual todo proceso de identificación simbólica -con su correspondiente cierre imaginario y, por lo tanto, con cierto *desconocimiento* y enajenación en el Otro, con cierta “ilusión de sustancialidad”- estaría erradicado? Dicho concretamente: ¿“¿Abrazar el abismo”, “habitar la Insustancia” o “Identificarse con la falta” son realmente fórmulas sobre las cuales pueda estructurarse políticamente la humanidad? Sin dudas pueden ser los mecanismos apropiados para pensar, en términos de reconfiguración subjetiva, el final de un proceso psicoanalítico, pero no termina de resultar evidente cuál sería su traducción política efectiva (de hecho, cabe

preguntarse: ¿Acaso la militancia política popular realmente existente no es hoy una fuente privilegiada de fantasías sustanciales?).

Finalmente, debemos señalar que presentamos estos interrogantes sin ningún afán impugnatorio, muy por el contrario, son meras dubitaciones y conjeturas analíticas que emergen ante la presentación de una utopía extraordinariamente potente. *La organización permanente* (2020) es, sin dudas, una obra vibrante que sacude impetuosamente la autocomplacencia del pensamiento crítico europeo, logrando exponer sus lugares comunes y su insoportable impotencia política. Por ello, la “teoría de la militancia” o de “la organización” constituye un campo discursivo *liminal*, capaz de abrir nuevos horizontes luego de lograr pronunciar y dar forma a los límites más profundos y las imposibilidades más traumáticas que atraviesan al pensamiento emancipatorio contemporáneo. Hasta el momento, se trata de un trabajo estimulante que destaca por su elocuencia, por su rigurosidad teórica y por acercarse deliberadamente a un utopismo delirante el cual, por un lado, logra transmitir un sensible entusiasmo político y por otro, asume la forma de un *grito* que nos invita a despabilar y a seguir insistiendo en la construcción de imaginarios radicalmente alternativos a la devastación que nos ofrece el capitalismo neoliberal.

Bibliografía

- Marchart, Oliver. (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Selci, Damián. (2018). *Teoría de la militancia: organización y poder popular*. Buenos Aires, Cuarenta Ríos.
- Selci, Damián. (2020). *La organización permanente*. Buenos Aires, Cuarenta Ríos.
- Zizek, Slavoj. (2015). *En defensa de causas perdidas*. Buenos Aires: Akal.